

Guión litúrgico

Si no quieres formar parte de una

**SOCIEDAD
LIMITADA**

facilita la participación de todos

Día de Caridad 2009

Una sociedad con valores



es una sociedad con futuro

Introducción

El mundo tiene hambre de pan: 862 millones de hambrientos y otros tantos insuficientemente alimentados. Un día Jesús multiplicó los panes. No trataba solamente de dar solución a un problema, sino de marcar un comportamiento liberador. Hoy no haría falta multiplicar, bastaría con sumar y dividir correctamente, es decir, solidariamente. Bastaría con racionalizar la administración de nuestros bienes. Hoy se gasta doscientas veces más para la muerte —armas y guerras— que para la vida: promoción, dignificación y desarrollo.

Pero Jesús sabía que hay otras hambres más profundas. La Beata Teresa de Calcuta, que entendía bien de pobreza, afirmaba que «en el mundo hay más hambre de amor y de estima que de pan». Por eso otro día dijo el Señor: «Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá hambre».

Nos invita a su mesa. En ella encontraremos pan abundante, vino excelente, amistad verdadera, amor hasta el límite. Pongamos esta mesa en el centro de nuestras plazas y de nuestros corazones.

Esta mesa significa: **Comunión** frente a exclusión. **Integración** frente a marginación. **Participación** frente a insolidaridad.

Lecturas

Ex 24, 3-8; Hb 9, 11-15; Mc 14, 12-16. 22-26

Alianza de sangre. Dios y el hombre serán amigos hasta la sangre. O sea, serán fieles en la amistad hasta la sangre. O sea, serán capaces de dar la sangre, la vida, el uno por el otro.

Lo de Moisés era un anuncio que se cumplió en Jesucristo. Él fue capaz de derramar su sangre, *sangre de la alianza*, por nosotros, *derramada por todos*. No usó sangre de toros ni de vacas, sino la *suya propia*. Tampoco se limitó a rociar el altar y el pueblo, sino que roció su propio cuerpo y nos la ofreció en bebida, y *todos bebieron*.

*Señor, yo no soy digno, decimos
antes de comulgar. Confesamos que no tenemos
las actitudes necesarias para recibir a Dios en nuestra casa.*

Confiando en su palabra misericordiosa, repetimos:

- ◆ Por nuestro egoísmo, porque no queremos compartir nuestros panes. Señor, ten piedad.
- ◆ Por nuestra intolerancia, porque seguimos manteniendo marginaciones y exclusiones. Cristo, ten piedad.
- ◆ Por nuestra insolidaridad, porque no contamos ni valoramos a los pobres ni descubrimos en ellos la presencia de Cristo. Señor, ten piedad.

Acto Penitencial I

Para la Homilía

1. Sangre de la alianza

La alianza de Dios con su pueblo resultó ser figura y profecía de la alianza entre Dios y todos los pueblos, sellada esta vez con la sangre preciosa de Jesucristo. Esta sangre divina servía para purificar —una sola gota podía lavar y redimir el mundo entero—. Servía también para ser bebida, en calidad de vino bueno (vino ensangrentado) y embriagarse de Dios. En la sangre de Cristo, derramada y ofrecida, estaba su vida y su Espíritu, estaba la marca de su inmenso amor.

«¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche!» La fuente tiene forma de corazón. La fuente fue abierta con la lanzada y brotaron ríos de agua, sangre y Espíritu. La fuente no se agota y puedes beber en ella hasta saciarte. Beber la sangre es beber amor. Bebe hasta convertirte en fuente. «Es cierto que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y original fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios» (Benedicto XVI, DCE 7).

Ya San Atanasio escribía bellamente: «Nosotros nos alimentamos como de un manjar de vida, y deleitamos siempre nuestra alma con la sangre preciosa de Cristo, como de una fuente; y, con todo, siempre estamos sedientos de esa sangre, siempre sentimos un ardiente deseo de recibirla».

2. Sangre derramada por todos

Afirmaban los calvinistas y los jansenistas que Jesucristo no murió por todos, sólo por los escogidos. La Iglesia sería el nuevo pueblo escogido de Dios. Pero Dios consiste en amar sin límites. En su corazón inmenso, en el corazón de Cristo, caben todos los pueblos.

Él invita a su mesa a todos los hombres. Aunque es verdad que tiene una misteriosa predilección por los más pobres y los que más sufren.

«Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad y haz entrar aquí a los pobres, lisiados, ciegos y cojos. Dijo el siervo: Señor, se ha hecho lo que mandaste y todavía hay sitio (...) Sal a los caminos y cercas y obliga a entrar hasta que se llene mi casa» (Lc 14, 21-23).

Pues lo mismo tenemos que hacer nosotros: «Cuando des un banquete llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos y serás dichoso» (Lc 14, 13-14). La exclusión no es cristiana, y mucho menos eucarística. Al contrario, toda exclusión es una herida abierta en el corazón de la Iglesia y en el corazón de Cristo.

Tenemos que empezar por **acercarnos a ellos**. Tenemos que ir a ellos desde la comprensión y el respeto, reconociendo sus valores; después aprenderemos a empatizar, a compadecer; se iniciará enseguida un proceso de liberación, y caminaremos con ellos solidariamente, se integrarán en nuestras asociaciones y estructuras; terminarán siendo protagonistas de su desarrollo y promotores ellos mismos de liberación para los

demás. No basta con ayudar de arriba abajo, hay que servir de abajo arriba, hay que promover y hacer crecer, hay que ofrecer oportunidades de integración y participación.

3. Brindis por la libertad

Cuando Jesús ofrece a sus discípulos la copa de su sangre estaba haciendo memoria de la Pascua judía, en la que sus padres fueron liberados de la esclavitud de Egipto, siendo la sangre del Cordero una señal: «La sangre será señal en las casas donde moráis» (Ex 12, 13). Ellos levantan la copa para alabar y dar gracias a Dios por la libertad conseguida.

Pero Jesús realiza esta liberación más plena. Jesús, Cordero divino, ofrece su sangre para liberarnos de todas las esclavitudes. En la Eucaristía nosotros levantamos la copa para agradecer la liberación que nos viene por Jesús y por su Espíritu: «Donde está el Espíritu hay libertad» (2 Co 3, 17). Liberados en el amor, liberados para liberar.

Y Jesús mira al futuro. Él «ha conseguido la liberación eterna» (2.ª lectura). La Eucaristía anticipa esta liberación, es «prenda de la gloria futura», es aperitivo del banquete del Reino.

Queda mucho camino que recorrer. Son muchas las personas esclavizadas y los pueblos oprimidos. Vivimos en una sociedad enferma y cruel, intolerante y excluyente. No podemos quedarnos en lamentaciones y sentimientos. La Eucaristía nos compromete en la lucha liberadora. Cada vez que comemos el Cuerpo de Cristo y bebemos su Sangre nos convertimos en signos, testigos y artífices de resurrección.

Oración de los fieles

En este día en que Cristo nos ofreció signos palpables de su amor oremos con fiadamente al Padre de la misericordia.

- ◆ Para que sean respetados y defendidos los derechos de las personas y pueblos, roguemos al Señor. Padre, escúchanos.
- ◆ Para que los movimientos que se comprometen en el desarrollo de los pueblos sean convenientemente promocionados.

- ◆ Para que la Iglesia, alimentada en la Eucaristía, crezca en amor y en el servicio liberador.
- ◆ Para que Cáritas sea animadora de la caridad en la Iglesia y signo de liberación en el mundo.
- ◆ Para que todos nosotros, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Cristo, seamos testigos de su amor.

Oremos: Escucha, Padre, nuestra plegaria y ayúdanos a vivir como hijos tuyos y hermanos de todos los hombres.

Participa y colabora 902 33 99 99 o en tu Cáritas Diocesana

www.caritas.es



Cáritas

Trabajamos por la justicia